

La inclusión

Un problema de diversidad educativa

RICHARD MILLÁN TORRES¹

Por años se ha planteado la necesidad que nos preparemos para un nuevo mundo globalizado, un mundo en el que las fronteras de los países serán olvidadas por la penetración de los medios, el conocimiento, el comercio y hasta las igualdades.

Ese anhelado mundo que muy pocos entienden lo que significa, está pensado desde las mentes de los economistas, los grandes monopolios y los países más ricos, para habitantes totalmente divididos por la diferencia, por la pobreza, la miseria, la hambruna, el analfabetismo, la esclavitud moderna y hasta por los gobiernos autoritarios que se niegan a avanzar en un proceso democrático pedido a gritos por sus ciudadanos.

La segregación racial se mantiene en muchos lugares de este mundo, la discriminación sexual es causa de infinitos conflictos, las desigualdades de género siguen dando al traste con las aspiraciones femeninas y quienes se encuentran en situación de discapacidad, son ignorados por el resto de quienes nos consideramos 'normales'.

De eso se trata este escrito; de cuestionar cuál es nuestra tan cacareada nor-

malidad y más aún, nuestra muy sonada solidaridad con quienes así lo requieren, dadas sus limitaciones físicas, mentales o de otro tipo.

Todo comienza con el derecho a vivir en condiciones dignas. Podríamos hablar del derecho a la dignidad humana como primer elemento de análisis frente al papel que debe desempeñar la sociedad ante quienes afrontan una condición de discapacidad.

Y no se trata de realizar acciones lastimeras ante el reclamo justo de quienes pueden, deben y tienen todo el derecho a interactuar con el resto de la sociedad, pues tienen algo de decir, hacer y proponer. Se trata de asumir un papel determinante para lograr que la globalización realmente sí permita una interacción de todas las naciones, comenzando obviamente por la interacción de quienes habitan esas naciones.

Cuando se hace un recorrido por las acciones de la sociedad para mitigar la segregación de la persona en situación de discapacidad, se encuentra con una serie de más-

¹ Licenciado en Ciencias Sociales. Comunicador Social y Periodista. Profesor del Área de Lenguaje Audiovisual del Programa de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad de Manizales. richardmillan@umanizales.edu.co



caras que ocultan el verdadero rostro de la situación colombiana.

No hay claridad de la política de inclusión diseñada para Colombia. Un claro ejemplo es el de la inclusión educativa, disfrazada en una plataforma de inmersión forzada al aula regular de los niños con necesidades educativas especiales, donde su discriminación se ha incrementado, y lo que es más grave, sus posibilidades de aprendizaje no aumentaron. A esta conclusión llegué luego de un proceso de observación informal de trabajo de educadores en aulas regulares con niños en situación de discapacidad, al tiempo que realizaba un intercambio de opiniones con estos mismos docentes y su papel en el contexto de la política de inclusión.

El tema pasa por la obligatoriedad de incluir los niños con necesidades especiales a las aulas regulares, sin contemplar la preparación de los educadores en las didácticas necesarias para asumir esta inclusión, además de los procesos adicionales que deben ejecutar para el manejo del grupo.

Pero vale la pena revisar el tema de la preparación o formación de los docentes en las didácticas apropiadas para el manejo de un grupo de estudiantes con características diversas. Podría pensarse que la ausencia del conocimiento de las pedagogías adecuadas en procesos de inclusión es una excusa de muchos educadores para evadir su responsabilidad social en el proceso de diversidad planteado para una sociedad contemporánea en la que asu-

mimos un rol incluyente desde todos los frentes de acción social.

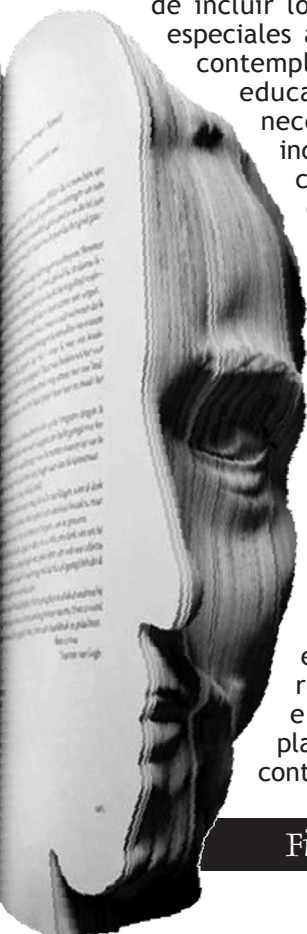
Se plantea un problema de actitud de quienes se niegan a cambiar su paradigma tradicional, que indica que los niños con necesidades educativas especiales deben estar apartados de los niños considerados normales, generando espacios ‘especiales’, que la historia misma se encargó de establecer que eran un monumento a la segregación, a la exclusión y a la discriminación social y educativa de un grupo de personas que eran miradas desde sus falencias y no desde sus potencialidades.

Es cotidiano ver los comentarios desobligantes de muchos docentes frente a la realidad que hoy afrontan en sus aulas, pues su tranquilidad se alteró, su acostumbrada rutina cambió y hoy deben adoptar otras dinámicas que alteran su ‘comodidad’ laboral.

Afirma el psicólogo Guillermo Orlando Sierra (rector de la Universidad de Manizales) que “la inclusión se ha convertido en un cuento que no tiene nada de realidad” y referencia, para ilustrar este comentario, la existencia de concursos, competencias, festivales y otras actividades, aparentemente a favor de las personas en situación de discapacidad, pero que no son más que artugios para generar ganancias, nombre y canalizar recursos para quienes los organizan.

Esta crítica es una de las más recurrentes entre quienes desde la ciencia se han dedicado a trabajar en torno a la discapacidad y en busca de mejorar las condiciones de vida de quienes afrontan esta condición.

Insiste el profesor Sierra que desde la educación se puede hacer mucho por esta población, pero sólo cuando haya claridad en qué es lo que se va a lograr con lo que se imparte en clase. El pro-



blema es que no se pueden unificar los contenidos para toda un aula donde hay procesos diversos y es allí cuando se requiere personalizar la instrucción.

La pregunta ahora es ¿cómo se lograría esto, justo cuando las aulas de las instituciones públicas tienen más de 35 y 40 estudiantes?

La realidad de un proceso inclusivo está lejos de darse, y es allí cuando empiezan a plantearse las confrontaciones de quienes están a favor de regresar a las aulas especiales o a las instituciones de educación especial y quienes, insistentemente, amparados en el argumento de la diversidad y la igualdad de oportunidades, en mantener la inclusión en las aulas regulares.

Y es que la igualdad no es mirar a todos con los mismos ojos, o ponerlos en la misma balanza; la igualdad trasciende hacia el concepto de brindar las mismas oportunidades de aprendizaje, enseñanza, acompañamiento, consideración, tutoría y respeto.

Es indudable que para vivir en comunidad es necesario tener normas, reglas, y valores, pero ¿qué tanto se aplican a todos y cada uno de aquellos que la conforman? No podrá encontrarse nunca un sitio donde existan dos personas exactamente iguales, aunque la discusión de la igualdad no es en el propio sentido de que todos somos iguales ante la ley y la sociedad, sino desde una mirada a la igualdad como la respuesta diferenciada a las propias diversidades.

Y es precisamente la diversidad la que nos marca el camino de la inclusión, partiendo del hecho que la exclusión es el no reconocimiento de la diferencia. Nuestra sociedad carece de los principios necesarios para aceptar la diferencia en todas sus manifestaciones y pretende, igualmente, que ignorando a los diferentes o por el contrario, realizando un reconocimiento

social mediante obras de caridad, se aproxima a la debida justificación de lo omitido como tarea propia y obligada para quienes hacemos parte de ella.

Por esta razón la pretensión ahora es caminar por senderos donde se adopte la diversidad entendida como normal, no como lo anormal, ver al sujeto desde su integralidad y su particularidad para desarrollarse y desenvolverse en un contexto homogéneo para la convivencia, pero a la vez diverso y multifuncional para la oportunidad. Homogenizar la convivencia no es más que garantizar los parámetros que permitan un diálogo entre pares, una relación horizontal entre los miembros de una sociedad, en este caso académica, sin importar las condiciones de aprendizaje o de otra clase, que plantee diferencias entre unos y otros.

Es de vital importancia hacer énfasis al respeto por la diferencia, pero no un respeto compasivo, sino con verdadero compromiso de aceptar la particularidad del individuo, porque es imposible clonar una vida humana para que sea a imagen y semejanza de otro, porque la genética no está supeditada o programada para crear copias sino individuos con particularidades excepcionales o sin ellas. Si el hombre pudo evolucionar y llegar hasta donde ahora ha llegado tecnológicamente, por qué no trascender barreras y poder aceptar que todos hacemos parte de una sociedad y que en ella debemos estar sin importar los rasgos físicos, color, condición o discapacidad.

Si asumimos la diversidad como un agente articulador en el proceso de mejoramiento de la comunidad, permitiendo la atención apropiada de quienes lo necesitan, incluyendo en todos los procesos a las minorías y ofreciendo el clima social necesario para que así

ocurra, podríamos decir que tenemos el caldo de cultivo ideal para que la exclusión sólo sea la actitud a derrotar.

La diversidad es uno de los caminos hacia la humanización de este colectivo, porque ella permite explorar horizontes insospechados; no es sólo desde la escuela que se habla de diversidad, es una construcción colectiva que permite a todos los individuos hacer parte de la sociedad, porque es desde la particularidad que se forma y no desde la anormalidad.

Las poblaciones se expanden o desintegran de acuerdo con sus hábitos, creencias, maneras de actuar, de pensar, de socializarse y de relacionarse unos con otros, es en esa escena donde confluye una serie de elementos, sentimientos, y actitudes que le permiten al ser humano desarrollarse o estancarse en colectivo.

Hablar de diversidad es hablar de variedad, pero no solo con relación al ser humano y sus particularidades, sino también con relación al entorno y al hábitat que lo rodea, a la cultura, a lo social, a lo ocupacional, a lo demográfico, y aunque se podría hacer una gran lista para hablar de diversidad, este es un ejemplo suficiente para dejar claro que la diversidad es, sin duda alguna, un pilar para mejorar la calidad de vida de una nación, porque en ella podemos no solo ver la singularidad, sino que se aprovecha lo particular de los individuos para crear un eje articulador que propenda por el desarrollo de una cultura ciudadana digna de quien esté inmerso en ella.

Es en la escuela donde se debe fomentar la diversidad, porque es allí donde se articulan los procesos de socialización y desarrollo de los individuos para poder potenciar sus habilidades y destrezas para la construcción del entorno en el cual estará inmerso por mucho tiempo. Es en este escenario donde se propician

espacios para que los individuos puedan, en un proceso acorde con sus necesidades y particularidades personales, ambientales y colectivas, desencadenar otros nuevos procesos que le permitan apropiarse de estrategias que los conduzcan hacia la búsqueda de sus ideales.

Sin embargo, no sólo es responsabilidad de la escuela afrontar los retos de la inclusión, es una tarea que comienza en los hogares donde cada individuo debe hacer parte del proceso. Un proceso que es legitimado por la sociedad, en la medida que en el núcleo familiar muestre el camino para construir ese proceso inclusivo.

El tiempo transcurre y con él los cambios globales, la humanidad, el pensamiento y las costumbres. Antes poco se hablaba de educación, era privilegio de algunos, las mujeres y niños tenían poco valor, las particularidades de los individuos físicas o mentales eran sinónimo de exclusión, marginación, desprecio y en alguna época, eran la causa de una muerte cruel; afortunadamente la concepción del ser humano ha cambiado, al igual que la educación y es por eso que ahora que la escuela siguen jugando un papel de vital trascendencia en la vida de los seres humanos. Es importante que apliquemos el significado de diversidad para llevarlo al aula plasmado en un currículo que permita al individuo no solo transformarse, sino transformar la sociedad.

Hoy por hoy, el país tiene la obligación de re-visarse, de re-flexionar y ante todo, de re-conformarse como sociedad incluyente y diversa donde todos cabeamos y que, a partir de la tolerancia, permita un mejor entendimiento de lo que se considera problema, para convertirlo en oportunidad. En esa medida, la diferencia será nuestra mayor ganancia como sociedad.